

## DE LA PÉRDIDA DE LAS COLONIAS AL DESASTRE DE ANNUAL

**E**l período 1898-1921 se encuentra enmarcado por dos acontecimientos políticos y militares de gran trascendencia para España: la pérdida de las colonias de Cuba y Filipinas y el desastre de Annual. El primero supuso la desaparición de nuestro país como potencia colonizadora en América y Asia; el segundo puso en peligro la presencia española en el norte de Marruecos, sólo mantenida gracias a los acuerdos de colaboración militar que se lograron con Francia. Aunque ambos hechos se produjeron lejos de Madrid, su trascendencia hace conveniente profundizar en su desarrollo y analizar el impacto que provocaron en la capital española.

En agosto de 1898, el periodista y jefe del Partido Conservador, Francisco Silvela, afirmaba en un artículo: «Donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso. España está sin pulso. Atonía, extenuación, agotamiento». Este era el panorama que el político madrileño veía tras la derrota española. Y, en efecto, un sentimiento de pesadumbre parecía haberse apoderado de toda la vida pública.

España no estaba preparada para un revés histórico de esta naturaleza, que cogió desprevenida a la sociedad madrileña. Corpus Barga recordaría años después: «Cuando se perdieron las colonias, la gente volvía de los toros». Y eso que, como reconocería el político José Francos Rodríguez, «era general la angustia; sentíamos cercano el pavoroso desenlace del conflicto».

En estas circunstancias no puede extrañar que, cuando en la tarde del domingo 1 de mayo de 1898 la noticia de la derrota de la escuadra española, en la localidad filipina de Cavite, saltó a la calle desde la redacción de *El Heraldo*, estuvo a punto de producirse una seria alteración del orden público. Lo mismo ocurrió dos meses después cuando otro periódico colocó un cartel en la calle Alcalá dando cuenta de la derrota española en Santiago de Cuba. La primera reacción de cuantos se concentraron ante el diario fue protestar y dar gritos en contra de las autoridades, lo que obligó a la fuerza pública a intervenir.

Algunos recordaron entonces aquellas voces que desde el Congreso, los periódicos o las tertulias ya habían denunciado la política colonial seguida por España en los últimos años del siglo XIX y que había permitido que Estados Unidos iniciara su despegue como potencia mundial a costa de las propiedades españolas en ultramar.

Esa fue, precisamente, la causa de que Estados Unidos apoyara a los independentistas cubanos en la llamada Guerra Chiquita, que se desarrolló entre 1868 y 1872. Diez años más tarde, el escritor José Martí organizó el Partido Revolucionario cubano y en 1885 el mismo Martí, junto a Máximo Gómez y Antonio Maceo, desafió a los soldados españoles al desembarcar en Cuba para intentar apoderarse de la isla.

#### SOLUCIÓN BÉLICA

Para hacer frente a esta escalada, el Gobierno español envió, a finales de 1895, al general Arsenio Martínez Campos al frente de cien mil hombres. Los intentos negociadores del general terminaron en un fracaso ante la proclamación por parte de los cubanos de una Constitución y la creación de un Consejo de Gobierno con representantes en París, Londres y Nueva York.

Se optó entonces por la solución bélica, por lo que fue enviado el general Valeriano Weyler, que llegó a Cuba en enero de 1896. A partir de ese momento el conflicto fue en aumento. En 1897 ya se encontraban en Cuba 180 000 soldados y 7000 oficiales, cifra a la que había que sumar los 6600 militares que se hallaban en Puerto Rico y los 26 600 desplazados a Filipinas. No en vano, Cánovas

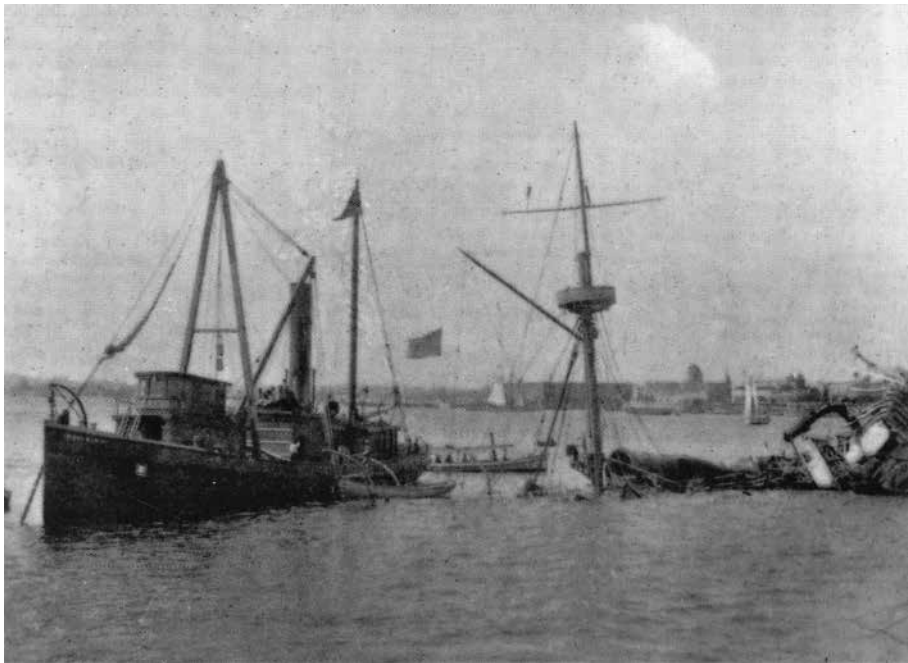
había afirmado que se iban a dedicar a la protección de las colonias «hasta el último hombre y hasta la última peseta». El número total de soldados aumentaría a lo largo del conflicto hasta situarse en torno a los 240 000 hombres.

Práxedes Mateo Sagasta, que había sido nombrado presidente del Consejo de Ministros en octubre de 1897, alternaría la presión militar con las decisiones políticas. A finales de ese año fue aprobado un decreto por el que se establecía un régimen autonómico en Cuba, pero la medida no satisfizo ni a los autonomistas cubanos ni a los partidarios de mantener la total subordinación de la isla a España.

A pesar de todos estos antecedentes, cuando se inició el año 1898 el pueblo madrileño apenas se mostraba interesado por las discusiones que se desarrollaban en el Parlamento español acerca de la situación cubana. Las declaraciones que sobre este tema hacía el Gobierno norteamericano, encabezado por su presidente William McKinley, tampoco eran tomadas en consideración. José Fernández Bremón, en la crónica que escribía semanalmente en *La Ilustración Española y Americana*, afirmaba: «Estados Unidos es como el enano de la venta, a quien se metería el resuello en el cuerpo si nos lo propusiéramos».

Pronto, sin embargo, este periodista habría de reconsiderar sus palabras. Cuando el 19 de enero llegó al puerto de La Habana el crucero estadounidense Maine, en una supuesta *visita de cortesía*, afirmó: «España, cargada de razón hasta los topes y cansada de sufrir perfidias y una hostilidad hipócrita, no puede menos de estar dispuesta y prevenida a lo que sobrevenga».

Y lo que sobrevino fue el hundimiento del Maine, en el que murieron 266 de los 355 marineros embarcados. Según la crónica publicada en *La Ilustración*, «entre las nueve y media y diez de la noche del 15 [de febrero], un ruido espantoso y una gran llamarada y lluvia de proyectiles, que partían de aquel buque de guerra, anunciaron la catástrofe». Los periodistas españoles, en un primer momento, no fueron totalmente conscientes de las consecuencias que podía llegar a tener este accidente y por ello centraron su interés en la descripción del suceso, destacando la actuación valerosa de la tripulación del barco español Alfonso XII, que, a pesar del peligro,



El Maine, tras la explosión que produjo su hundimiento.  
*La Ilustración Española y Americana.*

se acercó en botes y logró salvar la vida a un centenar de oficiales y marineros.

A raíz del accidente se barajaron muchas teorías, pero la causa considerada más probable fue la que achacaba la explosión a la inestabilidad de los explosivos guardados en los pañoles de proa junto a unos compartimentos que servían de almacén a una carga de carbón bituminoso. Según indicaron los técnicos, no se había dado ninguna de las características habituales en caso de impacto de un torpedo móvil o fijo, en contra de lo que afirmaban otras versiones, según las cuales había podido ser obra de agentes norteamericanos o cubanos.

A pesar de ello, no tardaron en producirse los primeros rumores acusadores por parte de la opinión pública norteamericana, que tuvieron su inmediata respuesta en España. «Estúpida malicia se necesitaría para achacar al Gobierno español una voladura que milagrosamente no ha destruido uno de nuestros mejores buques y bombardeado la población, ocasionando un conflicto moral y material», declaraba *La Ilustración*.

## ULTIMÁTUM DE ESTADOS UNIDOS

Sin embargo, el 18 de abril, el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos dieron un ultimátum al Gobierno español. Según dijeron, «el aborrecible estado de cosas que ha existido en Cuba durante los tres últimos años ha herido el sentido moral del pueblo de Estados Unidos, ha sido un desdoro para la civilización cristiana y ha llegado a su período crítico con la destrucción de un buque de guerra». Por ello acordaron exigir al Gobierno español la renuncia inmediata de su autoridad y gobierno en Cuba, al tiempo que encargaban al presidente de Estados Unidos que utilizara todas las fuerzas posibles y llamara al servicio activo a las milicias necesarias. Curiosa es la consideración que hacían los representantes norteamericanos al asegurar que «el pueblo de Cuba es y debe ser libre e independiente», motivo por el que negaban que Estados Unidos tuviera ningún deseo o intención de ejercer jurisdicción ni soberanía sobre la isla una vez concluido el proceso de pacificación.

En cumplimiento de este mandato, entre el 21 y el 25 de ese mismo mes, se produjo una escalada de acusaciones que concluyó con el anuncio hecho por el presidente McKinley en el que se declaraba la guerra a España, primero a través de los representantes diplomáticos e inmediatamente en el campo militar, mediante el envío de barcos norteamericanos a la isla caribeña.

Cuba se convirtió así en el principal tema de actualidad. No es extraño que fuera un éxito la venta en Madrid de un mapa de la isla a cinco tintas que costaba cuatro pesetas. El escritor Mariano de Cavia, en sus artículos, propugnaba que Estados Unidos fuera designado a partir de ese momento con la simple denominación de *Yanquilandia*. Los periódicos españoles intentaron emular el fervor patriótico desplegado por los diarios norteamericanos controlados por William Randolph Hearst, a los que se acusaba de ser, en parte, causantes de que Estados Unidos hubiera ido tan lejos.

Todas las tertulias, diarios y revistas se centraron en el conflicto armado. La Fábrica de Moneda recibió la orden de acuñar diariamente un millón de pesetas en doscientas mil piezas de duro, el doble de la producción normal, para hacer frente a los gastos derivados del con-

flicto. Los éxitos que se lograron en un primer momento fueron elevados a la categoría de gestas. Para los periódicos lo mismo daba que la escuadra del almirante Pascual Cervera y Topete lograra burlar a los barcos *yankees* en su viaje hacia Cuba, que los soldados españoles aguantaran con estoicismo el clima de la isla. Lo importante era mantener alta la moral, aunque, paralelamente, se realizaran gestiones ante la Santa Sede con el fin de que mediara para poner fin al conflicto.

Pero España no sólo tenía problemas con Estados Unidos en Cuba, sino también en Filipinas. Desde el inicio de la rebelión filipina en 1892, el conflicto había estado activo, sin que hubieran logrado frenarlo las victorias militares del general Camilo García de Polavieja ni los Te Deum oficiados en Madrid por la pacificación del archipiélago.

#### LA DERROTA DE CAVITE

Los norteamericanos, interesados asimismo en Filipinas, enviaron una escuadra dirigida por el almirante George Dewey que el 1 de mayo entró en combate con la española mandada por el almirante Patricio Montojo. El combate se produjo frente a la localidad de Cavite, en la isla filipina de Luzón. La superioridad del armamento y del blindaje de los barcos estadounidenses hizo que, frente a cuatrocientas bajas españolas, únicamente se produjeran siete en el bando de Estados Unidos. Cavite se rindió al día siguiente, aunque pasarían meses antes de que los soldados norteamericanos lograran apoderarse de todo el archipiélago.

Una situación similar se produjo en Cuba. Aunque los soldados españoles mantuvieron su resistencia en tierra, en el mar no pudieron impedir la tragedia. La escuadra española dirigida por Cervera llegó al puerto de Santiago de Cuba el 19 de mayo procedente de Cádiz. Sin embargo, cuando pretendieron salir camino de La Habana, los barcos españoles se vieron bloqueados por los buques estadounidenses. La maniobra naval de Estados Unidos contemplaba el hundimiento de algunos barcos de gran tonelaje en la bocana del puerto, pero la escuadra española logró hundir el carbonero Merrimac antes de que alcanzara su posición. En las semanas siguientes, en el Congreso español se levantaron voces airadas sobre las razones que podían existir para tener una escuadra bloqueada.

El Gobierno, ante ello, envió a La Habana un cablegrama dirigido a Ramón Blanco, general en jefe de Cuba, ordenándole que, ante la alternativa dada por el almirante Cervera de perder la escuadra o que fuera destruida por los estadounidenses dentro del puerto, los barcos debían salir de la bahía y tomar el rumbo que el almirante considerara más adecuado, sin descartar su vuelta a España.

El 2 de julio, Blanco dio la orden, aunque indicó que se intentara evitar el combate a causa de la desproporción existente. Cervera pensaba que era un suicidio, pero acató la orden. Al día siguiente los temores del almirante se convirtieron en tragedia.

Cervera informó a Blanco de que los cruceros españoles, sin cubierta protectora y con una artillería menos potente, no habían podido hacer nada frente a los buques norteamericanos, cuyo número triplicaba al de los españoles. Toda la escuadra quedó incendiada o embarrancada. En una primera estimación se calculó que podía haber más de seiscientos muertos. «Hemos perdido todo», resumía el almirante que fue hecho prisionero. La prensa calificaría la jornada como «día luctuoso para España».

La derrota naval hizo que las tropas españolas que defendían Santiago de Cuba decidieran rendirse. Efectivamente, España, a la que incluso se llegó a amenazar con un ataque naval contra sus propias costas, había perdido. Sólo quedaba firmar la paz. El 12 de agosto se acordaron en Washington las condiciones de la retirada española y en octubre se iniciaron las negociaciones que concluirían el 10 de diciembre con la firma del Tratado de París.

#### RENUNCIA DE DERECHOS

Los representantes de la reina regente, en nombre de su hijo Alfonso XIII, y del presidente de Estados Unidos de América del Norte, «deseando poner término al estado de guerra», acordaron que España renunciaba a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba; cedía a Estados Unidos las islas de Puerto Rico y de Guam, en el archipiélago de las Marianas, así como las islas Filipinas. «Jamás se ha abusado tan groseramente de un enemigo desarmado por capitulación», llegó a afirmar la prensa española.



Los últimos de Filipinas, fotografiados tras su salida de Baler.  
*La Ilustración Española y Americana.*

España se quedó sin colonias y, en consecuencia, el 30 de enero de 1899 desapareció el ministerio de Ultramar, uno de los que existía junto a los de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina, Hacienda, Gobernación y Fomento. En su lugar quedó una comisión liquidadora que el 12 de febrero siguiente vendió a Alemania los archipiélagos de Carolinas, Marianas y Palaos.

En el Parlamento se produjo un intenso debate político, a pesar de que el Partido Conservador procuró no excederse en sus ataques al Gobierno. Incluso algunos llegaron a acusar a Francisco Silvela de proteger al Gobierno liberal presidido por Sagasta. El jefe del Partido Conservador se defendió con su tradicional elocuencia: «No se protege a los cadáveres. Lo único que se puede hacer por ellos es respetarlos y el Gobierno permanece en el banco azul sólo por la piedad que inspiran los muertos».

En la prensa, personajes como Nilo María Fabra intentaron vengar con la pluma la afrenta sufrida. En un artículo titulado «La Yankee-landia» decía: «El Gobierno americano es una compañía que gira bajo la razón social de Sucesores de McKinley y compañía. Sociedad de explotación en comandita». El articulista, que no andaba nada